

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



183



¿Caridad o apoyo mutuo entre iguales?

Hace más de 500.000 que Benjamina, una pequeña homínida con múltiples problemas de salud incapacitantes, sobrevivió más de 10 años gracias a la solidaridad de su tribu, a pesar de que su enfermedad le impedía alimentarse por sí misma y mucho menos aún ser “productiva” para el colectivo. En el grupo cultural más exitoso de la historia de la humanidad, puesto que ha conseguido sobrevivir, a pesar de las múltiples invasiones de su territorio, desde los inicios de la humanidad hasta nuestros días, el de los pueblos khoisan del sur de África, perviven ritos sociales educativos y redistributivos que preservan la igualdad entre todos los miembros de la tribu y que evitan que nadie se sienta superior ni adquiera ningún privilegio sobre el resto aunque consiga cazar piezas mejores, corra más o destaque en cualquier otra actividad.

A pesar de la distancia cultural que sentimos respecto a esos grupos sociales y a pesar de los milenios de historia de violencia, patriarcado, dominación y competición salvaje que pesan sobre nuestra cultura, esos ritos y costumbres redistributivas y de cuidado a todos los miembros del grupo siguen perviviendo en el interior de comunidades pequeñas; en las bodas y fiestas populares, en las fiestas de la vendimia o de la matanza, en el intercambio constante de regalos, favores, préstamos y excedentes de la huerta entre familiares y vecinas...

En las comunidades tradicionales campesinas ha habido tradicionalmente escasez y frecuentemente jerarquías sociales fuertes y hasta esclavitud, pero muy rara vez exclusión social. Todas asumían la necesidad y el deber de apoyo mutuo porque se sabían frágiles ante cualquier tragedia, mala cosecha, enfermedad... Los fenómenos de pobreza y exclusión social son fenómenos esencialmente urbanos y/o en relación con grupos de los que la población mayoritaria ha aprendido

“No niego la lucha por la existencia, sino que sostengo que a la evolución de todo el reino animal y en especial de la humanidad no contribuye tanto la lucha recíproca cuanto la ayuda mutua”

Kropotkin. El apoyo mutuo: un factor de evolución

a sentirse alejada y que, por lo tanto, pueden ser deshumanizados y perseguidos: esclavos, parias, peregrinos, vagabundos, extranjeros, en definitiva, «otr@s» que no pueden o quieren trabajar. Constituyen el ejército de reserva que mantiene convenientemente asustadas y disciplinadas a las clases obreras y medias no excluidas. Hace mucho que no son las catástrofes naturales o las malas cosechas lo que provoca la miseria, sino decisiones políticas.

Sin embargo, hasta las tiranías más crueles necesitan una cierta legitimación social. Y, a la vez que crean las condiciones para que la pobreza aumente y se cronifique, necesitan que incluso las propias personas desposeídas creen que el poder se preocupa por su bien y que hace todo lo posible por sacarles de esa situación, de la que sólo ellas mismas serían culpables. Por eso al empezar la era moderna, a la vez que se expulsaba de las tierras que cultivaban a millones de personas a las que se obligaba así a vender su fuerza de trabajo por el precio que quisieran pagarles, se iban creando instituciones de beneficencia municipales o estatales que sustituían o complementaban a la caridad ofrecida por la iglesia y la pobreza se iba criminalizando progresivamente en la misma medida en que se despenalizaba la usura. Algunas de esas instituciones, como las workhouses inglesas, eran auténticas cárceles de trabajos forzados en las que se encerraba a los mendigos, de cualquier edad, y se les obligaba a trabajar en condiciones de vida absolutamente crueles. Parece que Dickens queda lejos, pero sólo si se nos olvida el trato laboral, legal y social que reciben las personas migrantes ilegalizadas por un sistema que garantiza que sigamos contando con un numeroso ejército de reserva.

Pero las ciudades, de la misma manera que producen miles

de personas que viven en condiciones de vida absolutamente crueles. Parece que Dickens queda lejos, pero sólo si se nos olvida el trato laboral, legal y social que reciben las personas migrantes ilegalizadas por un sistema que garantiza que sigamos contando con un numeroso ejército de reserva.

Pero las ciudades, de la misma manera que producen miles

de pobres a los que, para ser controlados, se les ofrece algo de pan y circo, también crean las condiciones para la renovación y extensión de los mecanismos de apoyo mutuo a grupos mayores al de la familia o conocidos cercanos que protejan frente a los abusos y/o las adversidades permitiendo mejorar el equilibrio de fuerzas frente al capital. Tras la pérdida de los antiguos lazos comunitarios campesinos y la prohibición de los gremios en las ciudades, con la excusa ahora habitual de la libertad de mercado, la incipiente clase obrera atravesó muchos años de desprotección social absoluta, pero poco a poco las ideas, primero mutualistas y luego socialistas fueron tomando cuerpo en organizaciones sociales y sindicales. Desde finales del siglo XVIII surgen en Inglaterra las sociedades de ayuda o socorro mutuo con el objetivo de conseguir mejoras laborales y que funcionaban como cajas de resistencia en caso de enfermedades o desempleo. Pronto serían prohibidas, pasando a funcionar clandestinamente. Durante todo el siglo XIX y principios del XX las redes obreras irían alternando periodos de fortalecimiento y de persecución, experimentando con multitud de iniciativas mutualistas y cooperativas, tanto de consumo como de producción. Esta continua lucha y organización obrera, vista como amenaza desde el capital, conseguiría que el Estado fuera asumiendo la gestión y el control de los mecanismos de seguridad social hasta cubrir a la gran mayoría de la población. Naturalmente, esto se refiere a la población blanca europea (y ni siquiera de toda Europa), puesto que la explotación se fue trasladando a las poblaciones no blancas, tanto en sus países de origen como en sus destinos de emigración.

Nunca dejaron de existir, ni siquiera en los países más igualitarios, bolsas de población que vivían en infraviviendas y dependían de subsidios y/o sueldos que apenas si les permitían la subsistencia y siempre eran otorgados como una especie de favor que debían demostrar merecer, mediante procesos burocráticos humillantes, y que podían serles retirados si “abusaban” o no se comportaban como les era exigido (escolarizar a sus hijas e hijos, buscar activamente empleo...). Pero el llamado Estado del Bienestar y la seguridad material de la que gozaba, gracias al incremento exponencial del consumo de combustibles fósiles, la mayoría de la clase trabajadora, hizo que esta se fuera desentendiendo de la lucha por el cambio social y que dejara de reconocer como igual a esa población excluida. Se establecieron nuevas “Juntas de Damas”, ahora conocidas como ONGs, que recaudaban dinero para pobres que siempre estaban muy lejos, incluso aunque vivieran a unas pocas calles, que casi nunca hablaban de las causas de la pobreza y que convertían la solidaridad en una carrera profesional atractiva o nuevamente en una actividad de caridad para llenar el tiempo libre o en el aprovechamiento del instinto de ayuda ante el uso como espectáculo del sufrimiento humano en las pantallas de televisión. Por supuesto, dentro de las ONGs también han surgido planteamientos críticos y propuestas emancipadoras, pero el resultado global ha sido de refuerzo del sistema económico y del imaginario social del salvador blanco.

La esencia acumuladora y autodestructiva del capitalismo, no obstante, hizo que a partir de los 80 la redistribución de riqueza que se había conseguido en las décadas anteriores se empezara a revertir claramente y que, especialmente a partir de la

crisis de 2008, la ilusión del estado del bienestar se esfumara definitivamente. Se podía perder la vivienda y pasar hambre y frío incluso teniendo trabajo, porque las condiciones laborales precarizadas al máximo y la especulación inmobiliaria no cesaban. Esa nueva precarización de la clase trabajadora blanca (la no blanca nunca había dejado de vivir mayoritariamente en precario) hizo que poco a poco, tras el shock inicial de los recortes, volviera a surgir un potente movimiento social de proximidad que promovía la autogestión y el apoyo mutuo. Tras el 15M, se pusieron en marcha numerosas experiencias de redes vecinales, huertos comunales, monedas sociales, bancos de tiempo, centros sociales okupados y colectivos varios como la PAH, que sigue muy activa ante el enorme problema de acceso a la vivienda que no ha dejado de recrudescerse incluso en periodos de “recuperación” económica.

Pero a pesar de todo ese activismo surgido tras la crisis de 2008 no se ha revertido ni una sola de las políticas que siguen incrementando la precariedad y la desigualdad. No se ha derogado ninguna reforma laboral, no se ha conseguido modificar las leyes de acceso a la vivienda y no se ha instaurado una renta básica de las iguales incondicional, universal y suficiente para que nadie permanezca encadenado a la pobreza.

Mientras tanto, los servicios sociales siguen apoyándose cada vez en mayor grado en entidades privadas o religiosas, con los efectos que hemos podido ver en las residencias de la tercera edad. Las grandes corporaciones que crean pobreza y desigualdad obtienen contratos para gestionar centros de menores, hospitales, residencias, comedores escolares... o se desgravan donaciones mientras blanquean su imagen. Las leyes de mecenazgo permiten que, por ejemplo, en las famosas operaciones kilo en las que tanta gente participa de buena fe, el supermercado X incremente considerablemente sus ventas y que, además, pueda desgravarse las “donaciones” a la Fundación Supermercado X

(casi todas las grandes cadenas han creado fundaciones) o las de productos a punto de caducar que iba a tener que rechazar. La beneficencia y el impulso solidario de la población no sólo se transforma en un medio de despolitización de la pobreza, sino en otro estupendo negocio. Se han descubierto varios casos de corrupción en los que los alimentos donados al Banco de Alimentos (marca registrada y que no admite competencia) habían sido utilizados en residencias de pago gestionadas por entidades religiosas.

En estos días de confinamiento y pandemia, inicio de una nueva y es muy posible que definitiva crisis del capitalismo, ante la insuficiencia de las respuestas institucionales y la urgencia de la situación, se han vuelto a activar redes vecinales de apoyo mutuo por todos lados. Nos bombardean miedo a todas horas. Nos quieren solas, indefensas y obedientes esperando a que los expertos nos den sus soluciones. Nos sentimos amenazadas pero también reconfortadas sabiendo que hay compañeras y compañeros cerca en los que apoyarnos.

“Las ruinas no nos dan miedo. Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas, porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero a nosotros no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en este instante.” Buenaventura Durruti. ◀◀

“En la historia humana hasta el momento actual, el hombre ha visto limitada su libertad de actuar por obra de dos factores: el uso de la fuerza por los gobernantes (esencialmente su capacidad de matar a quienes se oponen), y lo más importante, la amenaza del hambre contra quienes no están dispuestos a aceptar las condiciones de trabajo y de existencial social que se les imponen” E. Fromm